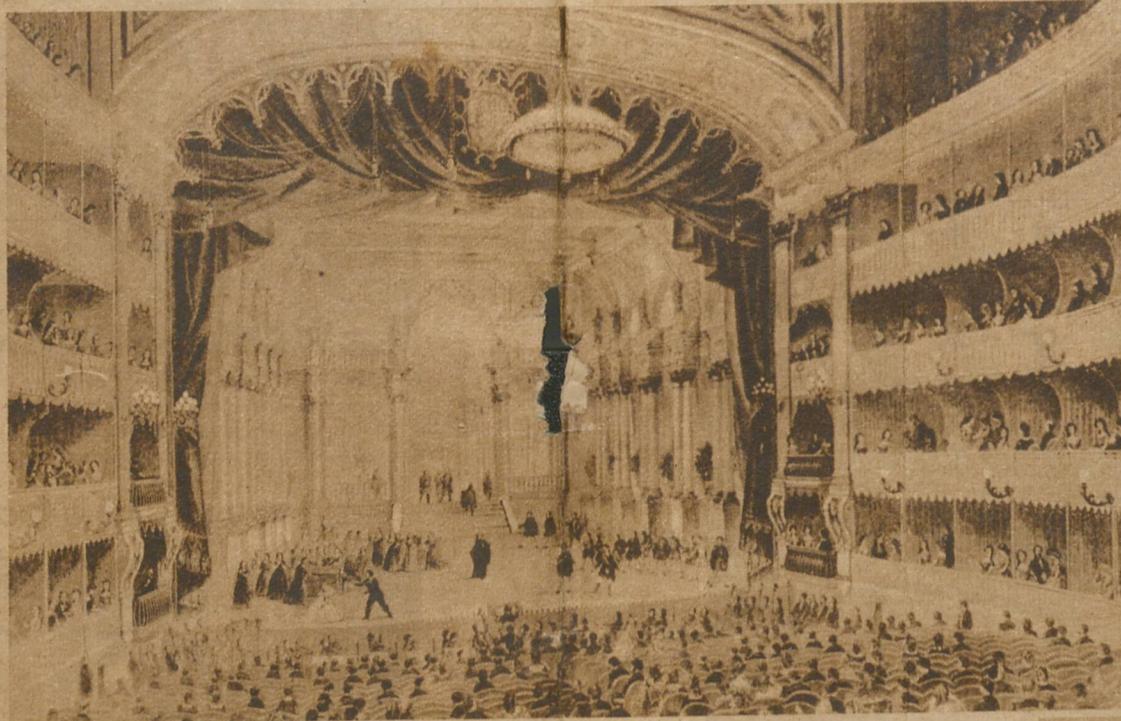


AHORA

La historia del Teatro Real

RESTAURACION.--FUNCION REGIA.--LA EMPRESA ROBLES.
SANTANZ.--PRIVILEGIOS HUMILLANTES.--UNA CAMPAÑA DE
BARRIBARRI.--JULIAN GAYARRE.--LA MUERTE DE ALFONSO XII



El Teatro Nacional de la Opera durante una representación

pronunció con voz trémula estas palabras:

—Respetable público. El tenor Massini no puede continuar cantando porque se ha puesto repentinamente enfermo.

Pareció aquietarse con estas palabras el tumulto, pero una voz desde las alturas gritó con acento apocalíptico:

—¡Pues que salga a morir en escena! Massini comprendió lo difícil que era tener arranques con un auditorio como aquél.

Hacia las postrimerías del compromiso contraído por Robles, Barbieri comenzó una violenta campaña desde las columnas de "La Correspondencia", en la que tronaba la desafortunada protección que se prestaba a la empresa del Teatro Real en perjuicio del arte español. Una crecida cantidad de miles de duros se destinaban a favorecer al arte y los artistas extranjeros, mientras la zarzuela se arrastraba en la mayor penuria y el Español no podía contar con una subvención del Estado. Al fin, el teatro fué sacado a nueva subasta.

Después de abiertos los pliegos del concurso el Real se adjudicó en 180.500 a don José Fernandez Rovira, que aquel mismo año había sido empresario en el Teatro Príncipe Alfonso, donde dió a conocer al público a la célebre Donad



Don Alfonso XII y doña María Cristina poco después de su boda

de "Lohengrin", que él impone contra viento y marea en los escenarios latinos; Ponchielli ha escrito para él la partitura de "La Gioconda", y el "Aria del barco" se creó sólo por indicación del tenor, que no encontraba que se le hubiera dado a su papel todo el lucimiento necesario. Dicen que Gayarre es tiránico e imperioso, que está penetrado de su importancia y orgulloso de su valer; pero en la realidad ha seguido siendo siempre el sencillo aldeano que cifra su ilusión en correr de vez en cuando al valle natal para demostrar en el frontón a los mozos del pueblo su habilidad en jugar a la pelota.

Cierta noche, el elegante abono del coliseo regio contempla en una localidad de palcos por asientos una pareja singular. Son dos "paletos" vestidos de pana, con boina y faja, que, medio desplomados en la balaustrada, comentan en alta voz el espectáculo y palmorean y vociferan cada vez que el tenor da una de sus maravillosas notas.

Pronto circula la noticia por todo el teatro. Aquel "palurdo" es el padre de Gayarre, que ha venido a Madrid para escuchar a su hijo y que no parece muy convencido de que lo que hace tenga tanta importancia: "¡Y por eso aplauden! ¡Pues si me oyeran a mí cantar la jota!"

En su primera temporada en Madrid Gayarre ha tenido que contender con el gran enemigo de los cantantes: la intri-

plido desmoralizado a la "favorita del rey".

Después también habría de conocer aquí Gayarre el pavoroso fantasma de las rivalidades y las competencias en una de las más sonadas que registra la historia del Teatro Real. Se le ponía enfrente la figura de Massini, artista magnífico, que con solo su arrogante presencia y una elegancia suprema de gestos y actitudes dominaba a un crecido sector del público. Decían los incondicionales del italiano, criticando con esto la falta de distinción del tenor roncalés, que sólo por ver a Massini bajar las escaleras en "Hugonotes" abrochándose los guantes, con aquella naturalidad y aquella prestancia de gran señor, valía la pena de pagar la localidad al precio que la pusieran.

Pero si Gayarre era víctima en cierto modo de los extremos "massinistas"—reflejados sobre todo en la Prensa—, también Massini hubo de sufrir graves ataques del "gayarrismo". Cierta noche, cantando aquellos "Hugonotes" de sus mayores triunfos, advirtió Massini que el público, confabulado en una formidable "camorra", no le dejaba con sus murmullos, protestas, siseos y exclamaciones cantar una nota. Trató de sobreponerse a su indignación, pero era hombre de arranques y sin pensarlo más abrió de un empujón violento la puerta del galante camerín de Valentina y salió de escena.

Ante el "fiasco", que arreciaba en tér-



tral y se restauró el hermoso techo pintado por Lucini. Igualmente se construyó un nuevo telón de boca, en el que el pintor Valls tuvo la generosidad de no cobrar si no las trescientas varas de lienzo que llevaba; se hizo una gran reforma en el acceso al patio de butacas, que hasta entonces había tenido el pavimento de granito, cubierto por una estera vieja. Se tiraron paredes, se colocaron cortinones de terciopelo, se taros de tela roja, se colgarpejos.

En estas reformas la isonomía del teatroheroso empresario más de pesetas.

Rovira era magníficope del Renacimiento. Eópera de Massenet "Il ré da fascinado al público poparato escénico de que deado. El despacho del emj bullir ncesante de visitas, es, de pedigüños, de negociaban as entradas del Revero-símiles y la reventa. Todo ra brillo, triunfo, es a su emperamento prócera un genio financiero. Mihabía hecho en el teatro, todo aquello un pequeñogarlo. Cuando el éxito halu momento culminante lo presentaron en masa gs facturas y bancarroto.

jer velaba en el gracioso palacio Ciecichesco, a la cabecera del rey. Era ésta Blanca Escosura, el último amor del monarca, a cuyos extremos había, por fin, rendido la vida.

Una mañana, avisada súbitamente, la reina corrió al real sitio de El Pardo. Apenas las ruedas del coche resonaron en las losas del patio se hizo salir apresuradamente de la cámara real a una mu-

jer que, desesperada y desecha en lágrimas, asía la fría mano del monarca y trataba de recoger la última mirada de sus ojos turbios. El rey había muerto. Cuando Cristina entró en la alcoba, exhalaba el último suspiro. Su perfil aguzado se marcaba en silueta sobre la luz fría que filtraban los vitrales velados por la niebla... Un gran problema nacional se planteaba con aquella muerte, porque el soberano no dejaba heredero varón.

Este doloroso acontecimiento cubrió de luto a la corte y la aristocracia madrileña. Por otra parte, Rovira y su nuevo asociado el conde de Michelena no se entendían. Rovira había emigrado a París y el conde de Michelena se hizo cargo de la empresa, comenzando por realizar en ella verdaderos desastres económicos. Pero, ¡cosa extraña!, a pesar del luto de la Corte, el abono subió más que en años anteriores, y aunque, durante representaciones de gran interés, como el debut de Gayarre, pareciese el teatro vacío, la re-